

Marzo de 1911

Mi nombre es Ivanca, trabajo en la fabrica textil de confección de camisas Triangle Waist Co. En la gran ciudad de Nueva York.

Paso tantas horas aquí, que no recuerdo cuando dormí mas de cuatro horas seguidas.

Todas mis compañeras son mujeres de distintas nacionalidades y edades. Yo soy Polaca . Acabo de cumplir catorce años hace un par de días aquí pegada a esta silla y a esta maquina de coser.

Hace tan solo tres meses que llegué a esta ciudad, empapada por la lluvia que nos recibía, en la oscuridad de la noche. Nuestro viaje fue horroroso. De tren en tren, en la mas triste oscuridad, sin apenas comida, como fugitivos en la noche. El duro invierno nos golpeaba en lo mas profundo de nuestros huesos. Eramos muchos, pero no todos pudimos llegar. Miles de personas han caminado a mi lado cargados con sus pocas pertenencias. Niños llorando solos, porque han perdido a sus padres. Y padres desolados porque no tienen para cobijar ni abrigar a sus hijos mientras la nieve nos congelaba hasta las lagrimas.

Vivíamos en una preciosa ciudad, con calles anchas y empedradas. Mi casa daba a una gran plaza en la que había muchos pequeños comercios. Aun recuerdo el olor a pan recién hecho de la señora Slaski. Me encantaba pegarme al cristal de su escaparate y mirar todos los dulces deliciosos que hacia cada día. Un poco mas adelante estaba la tienda del señor Albert, un pequeño cuarto donde los libros inundaban cada rincón. Al entrar parecía que se iban a abalanzar sobre mi. Aun parece que percibo ese olor tan característico a libros pendientes de dueño.

Me resulta increíble que ya no vuelva a disfrutar de esas pequeñas cosas y que mi vida se centre en estar aquí sentada cosiendo sin parar, camisa tras camisa, sin apenas beber una gota de agua, lavándome como puedo en los baños mugrientos porque ni siquiera hay quien se ocupe de limpiarlos.

Aquí dentro es agotador hasta respirar. Las mujeres se pasan el día tosiendo por todos los años que llevan encerradas, casi ancladas a sus sillas como pequeñas cobayas en sus diminutas jaulas. Las ventanas no se pueden abrir para dejar que pase el aire limpio y fresco.

Cuando estoy muy agobiada me gusta recordar los prados de mi ciudad. Solía salir al campo a correr, abriendo mis brazos para sentir la hierba en mis dedos y pasear bajo el sol. Que hermoso era estar allí.

Pero de repente algo cambió y todo empezó a verse gris, el cielo, las casas, las calles...hasta la gente empezó a volverse gris. Todo el mundo iba y venia preocupado, casi sin poder levantar los ojos del suelo. Y comenzaron a oírse las primeras sirenas y a verse los aviones pasar casi rozando los tejados de nuestras casas.

La guerra había llegado a Polonia y todo lo que un día creímos que era nuestro se desvaneció.

Cada vez que recuerdo ese momento de partir no puedo evitar que mis ojos se inunden de lagrimas, pero debo recomponerme al instante, estoy trabajando y no puedo perder el tiempo.

Entre todo el ajetreo que hay en la sala, el ruido de las maquinas de coser, metros y metros de tela colgando de todos sitios, apenas puede una ni hablar con la compañera. Así que agachamos la cabeza y cosemos horas y horas para apenas ganar unos pocos dolares. Ademas, en el exterior las pocas veces que salgo, es aun peor. Hay gente que me insulta por la calle, incluso a comercios a los que no puedo entrar porque los inmigrantes no somos bien recibidos, sobre todo las mujeres.

De repente se oyen unas llaves y como se gira una cerradura. Es el señor Harris. Se puede decir que es la máxima autoridad de esta empresa junto con el señor Blanck. Ellos se encargan de supervisar que todo se produzca como es debido, además de sobrepasarse con muchas de nosotras, obligándonos a hacer ciertas cosas que no quiero ni mencionar. ¿Para que?, ¿a quien quejarme? si nadie me va a escuchar...

El señor Harris es sin duda el más asiduo a venir por aquí. Es un hombre robusto y gordo, tiene una enorme barriga que le cuelga por encima del cinturón, unos ojos saltones y una más que pronunciada calvicie que intenta disimular con un largo flequillo pegajoso que recorre de lado a lado toda su blanca cabeza.

Es oír su voz y se me estremece hasta el alma.

Y para completar el cuadro, siempre viene fumando un gran puro, que si aquí ya casi es imposible respirar, después de sus irritantes visitas pensamos morirnos.

Siempre llega gritando, incluso zarandeando a alguna compañera. Y luego le gusta recorrer la sala y llevarse a alguna de nosotras del brazo, a empujones mientras que va insultándola por el camino hacia la puerta. Lo que pasa después es incluso peor que estar aquí encerrada.

Esta vez se ha quedado muy cerca de la puerta, solo ha mirado por encima a ver como iba la nueva producción de camisas para la colección de este otoño. Sin dejar de fumar de su gran puro, ha comenzado a gritarle como un loco a una pobre señora que esta cerca de la puerta sentada. Él agitando los brazos como si fuera a despegar le recriminaba lo vieja que se estaba haciendo y que ya no le servirá para la próxima colección, así que tiene que ir despidiéndose del puesto.

Automáticamente con aires de grandeza ha sacado su juego de llaves y pegando un gran portazo, nos ha vuelto a dejar encerradas aquí.

Si, estamos encerradas en esta fabrica. Los jefes no se fían de que sus extranjeras y sucias empleadas les roben las prendas que luego venden a un elevado precio en las mejores tiendas de Nueva York.

Ojalá algún día todas y cada una de nosotras encontremos algo mejor para poder salir adelante.

De repente siento que empiezo a tener problemas para ver con claridad, incluso me cuesta muchísimo más respirar. La señora de al lado de la puerta da la voz de alarma. Parte de la tela que hay en el suelo esta ardiendo y las llamas avanzan demasiado rápido. No tenemos apenas agua para poder sofocar el fuego, ni podemos salir del edificio. Todas las puertas están bajo llave. Las ventanas también están cerradas. Corro hacia una de ellas y lanzo una silla para poder romperla. El fuego ya ha alcanzado a muchas de mis compañeras y sus gritos son ensordecedores.

Salgo a la fachada del edificio. Mis manos y mis pies son pequeños y mi peso es realmente alarmante debido a la escasa alimentación que llevo, así que mi cuerpo es ideal para estar encima de la cornisa del edificio. A gritos empiezo a pedir ayuda desesperadamente, pero estamos en la décima planta y apenas creo que se me escuche.

Las llamas empiezan a salir por las ventanas, muchas compañeras han atravesado los cristales con sus propios cuerpos y las veo precipitarse al vacío envueltas en llamas.

He encontrado unos huecos en una esquina de la fachada y aunque me da pánico pensar lo que puede suceder, voy a intentar descender al piso de abajo para poder ponerme a salvo.

No paro de temblar, oigo las sirenas de los bomberos acercarse para sofocar el fuego. Estoy a punto de descender al noveno piso y cuando por fin lo he conseguido me doy cuenta de que ellos también están encerrados y envueltos en llamas, incluso ahora fijándome bien, un piso más abajo también ha corrido la misma suerte. La imagen es aterradora.

He decidido quedarme quieta en una esquina, parece que aquí no corro mucho peligro, tengo que controlar los nervios porque puede que el propio temblor de mi cuerpo me haga perder el equilibrio y caer al vacío.

Los bomberos han rescatado a varias de nosotras en la misma situación. Todas somos chicas jóvenes y de complexión parecida. Pero es horrible ver la cantidad de mujeres calcinadas que hay en mitad de la calle.

La gente pasa horrorizada por la acera de enfrente.

De repente se ven llegar a miles de periodistas, sacan fotos de los cuerpos, y a las que hemos sobrevivido nos acribillan a preguntas de todo tipo.

De entre la multitud aparecen un grupo de elegantes mujeres, que nos cogen y nos sacan de allí a muchas de nosotras.

Son mujeres seguras de si mismas. Se presentan y nos dicen que llevan años luchando por que las mujeres sean reconocidas como trabajadoras dignas, con sus derechos.

- ¡Aquí y ahora empieza el cambio señoritas! ¡Manifestémonos en contra de esta desigualdad y sobre todo para que este desastre no se vuelva a producir jamas!

Las semanas siguientes fueron frenéticas. Miles de mujeres de todas las nacionalidades y de todas las clases sociales inundaron las calles de Nueva York con el mismo propósito, luchar por que cambiaran las normas de seguridad y salud laborales, además de que el mundo nos reconociera como un sindicato fuerte, creado por mujeres para defender los derechos de todas las trabajadoras. Ahora sería posible denunciar los abusos y degradaciones laborales que tanto habíamos callado.

Un día, mientras iba de camino al Sindicato, donde muchas de nosotras habíamos encontrado un nuevo trabajo, que nos devolvía la dignidad y nos permitía luchar por nuestros derechos, pude leer en un periódico como el Señor Harris decía que el incendio de la fábrica había sido originado por el motor de una de las maquinas de coser. Sentí mucha pena, de verdad que la sentí, porque aquel hombre aún vivía pensando como muchos hombre, que ellos son seres superiores que no cometen fallos. Al final fue juzgado y encarcelado.

Además de haber quemado su propio negocio con su propio puro y haberse arruinado, pasaría muchos de los años que le quedaban de vida encerrado entre rejas.

Tres meses después de aquella desgracia, conseguimos que el día 8 de Marzo fuera conmemorado como el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, y yo estuve en primera fila, triste por recordar con horror aquel horrible incendio que costó tantas vidas y a la vez orgullosa de ver como las mujeres nos alzábamos con paso firme, exigiendo ser respetadas, y sabiendo que ese fatídico día sería recordado año tras año, en memoria de las que perdieron la vida haciendo algo tan digno como es trabajar.